

El general Alvarez dió su despedida a la capital y marchó con sus legionés a las montañas del Sur.

«Pobre entré a la Presidencia y pobre salgo de ella; pero con la satisfacción de que no pesa sobre mí la censura pública, porque, dedicado desde mi tierna edad al trabajo personal, sé manejar el arado para sostener a mi familia, sin necesidad de los puestos públicos, donde otros se enriquecen con ultraje de la orfandad y de la miseria.»

¡Marcha en paz, venerable anciano, seguido de tus huestes, de esas multitudes que han regado con su sangre el suelo de la patria y los campos de la libertad!

Para ti y para ellas, están abiertas las páginas de la historia y las claras fuentes de los afectos nacionales.

¡Tu recuerdo vivirá eternamente entre esas rocas abruptas, como las cifras de tu nombre y de tu fama, y los ecos de la historia los recogerán los vientos del Pacífico para devolverlos a la tierra en que naciste!

¡Marcha en paz; has realizado una de esas revoluciones que harán época en los anales de la humanidad; tú serás una memoria de veneración para la tierra mexicana, y, como el incienso de la patria, levantarán su nube de perfumes, esas coronas de flores y de siemprevivas que bordan los mármoles de tu sepulcro!

VIII

El partido moderado estaba en medio de las recrudescencias conservadoras y los ímpetus del radicalismo.

Ese partido presenciaba con los brazos cruzados las luchas sangrientas y no tenía más oficio que apoderarse jesuíticamente de todas las situaciones.

Comonfort era el alma del partido moderado.

Todos sus ministros fueron escogidos en aquel núcleo y la situación se hizo netamente moderada.

Entre los ministros estaba el eminente ciudadano Miguel Lerdo de Tejada.

Como había sido subsecretario de Fomento en la administración de Santa Ana, los liberales estaban desconfiados.

Cuando recogía los datos de la Estadística, la Prensa se burlaba, decía que aquello era un Calendario de Galván.

Aquel hombre meditaba en silencio una grande idea, que de seguro no la comunicó a Comonfort.

Llegó al ministerio, se apoderó de su momento histórico, y dió la ley de Desamortización, el 25 de junio de ese año tan lleno de acontecimientos.

Comenzó por dejar en pie el ejército de Santa Ana y mandado por sus propios jefes, que eran muy «pundonorosos», y que con todo el pundonor se pasaban al enemigo.

Se tenía aversión al partido «puro», y se plegaba a esos mismos frailes que recorrían los campos con el crucifijo en

la mano, dando vivas a la revolución y pidiendo el exterminio de los liberales.

El 12 de diciembre de ese mismo año de 1855, tan memorable en la historia, las campanas tocaban arrebato en la ciudad de Puebla.

El pueblo en tumulto recorría furioso las calles, le habían hecho creer que iban a desterrar al obispo, y los frailes mezclados con las mujeres, las azuzaban al escándalo.

Al mismo tiempo, en el pueblo de Zacapoaxtla, sierra de Puebla, el cura Ortega hacía un pronunciamiento sublevando a la indiería al grito de «¡Viva la religión!».

El coronel Osollo, que debía figurar en grande escala, se adhirió al pensamiento religioso.

Donde estallaba un motín, allí estaba capitaneado por un cura, y tenían razón, comprendían que llegaba la última hora y se defendían valientemente.

Comonfort quería una cosa imposible: navegar entre dos aguas.

El general Llave, el inmortal Llave, marchó sobre los pronunciados, y sus tropas se pasaron al enemigo.

La brigada Castillo, en quien tanta confianza tenía el Gobierno, hizo otro tanto.

Todo esto era la consecuencia de aquella política metódica y reaccionaria.

Osollo ostentaba una legión de cruzados, sus tropas llevaban al cuello medallas y escapularios.

Marcharon sobre Puebla, donde después de muchos días de asedio, capituló honrosamente el general Traconís, saliendo a bandera desplegada y tambor batiente de la ciudad.

IX

Entramos en los primeros días del año de 1866.

El 27 de enero celebraban un gran convite las guardias nacionales en el Bosque de Chapultepec, ante la revolución que levantaba victoriosa el estandarte de la Cruz en la ciudad de Los Angeles.

En la glorieta principal se había colocado un dosel con dos trofeos a los lados; en uno se leía: «¡Viva el Ejército!»; en otro: «¡Viva la Guardia Nacional!»

El dosel lo ocupaba el Presidente de la República.

La concurrencia era inmensa.

La juventud se había apoderado de la fiesta.

Grupos de oficiales alegres y revelando gran entusiasmo y valor, recorrían las alamedas.

Manuel vestía el traje nacional, arrogantemente, lo mismo que sus compañeros.

Mario estaba perfectamente, y «Juan Gallinazo», con su calzonera plateada y un sombrero galonado, bromeaba a sus compañeros, mientras llegaba el Presidente.

- Están hechos un brazo de mar.
 — Sí—dijo Manuel—; mira los cuerpos de la guardia nacional, qué bien plantados.
 — Observa—dijo «Juan Gallinazo»—que corre viento de Fronza.
 — Como que vamos a salir a campaña; la reacción se atrincheró en Puebla, nos espera con ansia y nosotros deseamos la pelea.
 — Ese maldito resto de ejército nos está dando una jaqueca.
 — Es que la reacción se bate en retirada.
 — Sí, pero se bate.
 — Y tú—dijo «Juan Gallinazo»—¿crees en la buena fe de estos soldados?
 — Yo no creo nada—contestó Manuel—; todos nos han de traicionar, comenzando por Zuloaga.
 — Lo hicimos prisionero en Nusco con toda su brigada y está muy agradecido porque se le ha dejado el mando.
 — Yo desconfío mucho, desde Comonfort.
 — ¡Hombre!
 — Sí, a mi no me gustan los términos medios, ahora viene el arzobispo a bendecir las banderas, cuando el obispo de Puebla está bendiciendo las de la reacción; dime, ¿cuál de las dos bendiciones vale? ¿De qué parte se pone el cielo?
 — Es verdad; todas éstas son bribonadas.
 — Majaderías, más bien, de este Presidente sustituto.
 — Si el clero está en contra nuestra, si este arzobispo ha protestado contra la ley de fueros, es una irrisión y un ridículo para nosotros, el que este fraile venga a una ceremonia liberal, cuando en el fondo nos aborrece.
 — Todo esto—dijo Manuel—no es tan en balde; la tropa que siempre es ignorante, ve aquí al arzobispo, y sin querer se acostumbra a estar sumisa a la Iglesia.
 — Estamos mal—observó «Juan Gallinazo»—; todos estos soldados nos ven de reojo y más en estos momentos, en que la crema de la reacción está pronunciada en Puebla.
 — Veremos qué pasa; nosotros y todo el partido liberal estamos resueltos a la lucha, le tememos a esta jugada, que es muy peligrosa.
 — Allí está la montaña—dijo «Juan Gallinazo»—; volveremos a empezar: ésta es la cuestión.
 — ¡Listos!—dijo Mario.
 Manuel se quedó pensativo.

X

El bosque de Chapultepec estaba inundado de gente; cinco mil hombres formaban la guardia nacional y los vistosos batallones se tendían por todas las calzadas.
 Los clarines tocaron marcha, anunciando la llegada del Presidente.

- Tomó asiento bajo el dosel, y comenzó la ceremonia.
 El arzobispo bendijo las ocho banderas de los batallones.
 Los padrinos llevaron los estandartes al dosel presidencial y comenzaron a desfilar los cuerpos, siendo el primero el de «Independencia».
 Resonó un aplauso en todo el bosque y gritos de vivas; porque ese batallón era el que había peleado en Churubusco.
 El general Comonfort fué entregando las banderas, en tanto que una salva prolongada de artillería, saludaba a aquellos estandartes, que pronto flamearían en el campo de batalla.
 Concluída la ceremonia, siguió un gran banquete ofrecido por el Presidente a la oficialidad de la guardia nacional.
 Había un gran regocijo, aquello era un campamento, la víspera de un combate.
 El general Zuloaga se levantó y con la copa en la mano, dijo:
 «La brigada de mi mando, reitera el juramento de fidelidad que tiene prestado: los jefes, oficiales y soldados que la forman, no mancharán su hoja de servicios con una defección siempre criminal.
 Si algunos militares han abandonado traidoramente sus banderas, nosotros estamos resueltos a morir defendiéndola para demostrar con hechos que el honor, que es la primera virtud de un soldado, es la única norma de nuestras acciones.»
 Un gran aplauso contestó a la alocución de Zuloaga, que había de ser antes de un año el foco inmundo de la traición a las instituciones.
 Manuel dijo al oído de «Juan Gallinazo»:
 — Lo mismo dijo el general Severo Castillo, y se ha pasado al enemigo con armas y bagajes.
 — Todos son unos pícaros, pero es necesario hacerles creer que los creemos, por si tienen vergüenza siquiera, ahora que vamos sobre Puebla.
 — Estos nunca tienen vergüenza.
 — Es verdad.
 Continuaron los brindis con el mayor entusiasmo; pero muy poco se ocultaba el cariz de la situación; todo era a fuerza, se fingía la espontaneidad, faltaba la fe y la lealtad: todos pensaban como los estudiantes, más aún, lo sentían.

XI

Un coronel marcadamente reaccionario, decía en voz alta:
 — Veremos si es lo mismo disparar botellas de champaña que cañones de a treinta y seis.
 — Ya los hemos disparado mucho—dijo «Juan Gallinazo».
 — Puede ser—dijo el coronel.
 — No lo ponga usted en duda; creo que usted era del ejér-

cito de Santa Ana, puesto que está en la brigada Zuloaga, y recordará los combates del Coquillo y del Peregrino.

- Allí triunfó S. A. S.
- No entiendo a usted—dijo Juan con marcada intención—. ¿Esa Alteza Serenísima era mujer?
- Era hombre, y más que otros que blasonan de serlo.
- Entonces sería más hombre que usted.
- Y que otros—contestó el coronel.
- Nos explicaremos. ¿Quiere usted insultarme?
- Puede ser—contestó el coronel.
- Pues quiero ver si esa espada que lleva usted al cinto es adorno monjil o prenda de soldado.
- La probaremos—contestó el coronel, pálido de coraje.
- Busquemos en el bosque un lugar a propósito.
- Es que usted no tiene espada.
- Es verdad, pero la tienen mis amigos y me la prestarán por unos momentos.
- Aquí está la mía—dijo Manuel, reconociendo al coronel Altúnez; pero nada quiso decirle a «Juan Gallinazo».
- Me parece—dijo Altúnez, dirigiéndose a Manuel—que nosotros ya nos conocemos.
- Probablemente; y si usted gusta tomaré el turno.
- Por ahora voy a entenderme con el señor.

XII

- Llegaron a lo profundo del bosque.
- Un oficial, alto, moreno, ancho de espaldas, bigote negro y ojos del mismo color, había seguido a los contendientes.
- ¡Hola, Armando!—dijo Juan, estrechándole la mano.
 - He venido, por si se ofrece en este lance de honor, mi presencia como testigo.
 - Si este caballero lo acepta...
- El coronel vió al oficial con alguna desconfianza; pero dirigiéndose a él, le dijo:
- Acepto, caballero; entre hombres de honor no puede haber felonía.
 - Es verdad, pero la forma antes que todo.
 - Nos batiremos a primera sangre.
 - A lo que salga—dijo «Juan Gallinazo», a quien se le había subido a la cabeza la sangre suriana.
- Se despojaron de sus trajes y tomaron sus espadas.
- Se dió la señal.
- «Juan Gallinazo», que era terrible y acostumbrado a luchar cuerpo a cuerpo, se lanzó con tal ímpetu, que el coronel perdió el terreno y retrocedió diez pasos.
- Juan se detuvo; al coronel no le faltaba valor y aguijoneado con la presencia de los testigos, ensayó un asalto, que Juan resistió con gran habilidad.
- Descansaron unos minutos y continuó el combate.

Juan estaba desesperado, se había transformado en una fiera. Tomó una táctica desconocida. No dirigía la punta de su espada al enemigo: comenzó a chicotearlo por todas partes, desmoralizando por completo al coronel.

- Este no es un duelo, es una cobardía—gritó Altúnez.
 - Entonces a la carga—dijo furioso «Juan Gallinazo»; y después de dos o tres relances, se tiró a fondo y atravesó por el costado a su adversario.
- El coronel dejó caer la espada y presa de un desvanecimiento, cayó, azotando su cabeza en las raíces de un ahuehuete. Armando cargó al coronel, lo puso en un coche y partió a todo escape.

XIII

- Ya va uno de nueva cuenta—dijo Juan, entregando la espada a Manuel.
 - ¡Muy bien!—dijo Mario—Te has portado como cuando nos robábamos las gallinas.
 - Ese coronel pertenece a la familia.
 - Ya que estás tranquilo y vencedor, voy a revelarte un gran secreto.
 - Al momento—dijo «Juan Gallinazo».
 - Pues has de saber que ese coronel...
 - ¡Concluye, con mil diablos!
 - Pues ese coronel es tu rival, es el coronel Altúnez, que te sopló a Etelvina.
 - ¡Cuerpo de Cristo!—gritó el suriano—Si lo sé, lo hago picadillo.
 - Con una es suficiente; ya estás vengado.
 - Esto merece unas copas.
 - Mario se acarició el pescuezo.
 - ¡Demonio! Has bebido como un alemán—dijo Manuel—y todavía te preparas como si acabaras de pasar el desierto.
 - Es que tengo secas las fauces, el duelo me ha emocionado.
 - Eso no vale nada—dijo «Juan Gallinazo»—y menos cuando se tiene delante a un mentecato.
 - Ese hombre tenía en su mirada el relámpago del odio.
 - Era natural; estaba entre enemigos.
 - Si vive, se venga.
 - Hará bien—dijo Juan—; si lo vuelvo a encontrar, le cobro lo de Etelvina.
- Entraron los tres a la cantina, y bebieron toda la noche. Al día siguiente, «Juan Gallinazo» no sabía cómo llegó al hotel.
- Manuel y Mario no se daban cuenta de lo que había pasado; hasta el duelo era una pesadilla.

XIV

Armando los despertó.

— Son las doce—dijo el joven oficial—y duermen como unos condenados.

— ¡Armando!—gritó Juan—¿Cómo sigue ese pobre diablo?

— Muy mal; está gritando como una hembra, pero el médico no lo encuentra de gravedad.

— Pues lo siento, quisiera que se hubiera «atirantado».

— Por ahí van mis deseos—dijo el oficial.

— Siéntate; y ¿qué tomas?—gritó Manuel.

— Tomaremos el ajeno, porque supongo que me convidarán a almorzar.

— Es inútil—dijo Juan—; ya te convidaste solo.

Mario tocó el timbre y apareció el mozo.

— Trae ajeno para todos.

— Y coñac—agregó Armando—; el aturdimiento del ajeno me lo curo con coñac.

— Conservaré la receta—dijo Manuel.

— Eslabonaremos la de anoche con la de ahora—dijo Mario.

— La vida es una cadena—exclamó Juan, en tono de melodrama.

Quando el mozo trajo el ajeno, Mario le dijo:

— Sirve aquí el almuerzo y dile a Mr. Coquelet que nos entregamos en sus manos, que tenemos una gran visita y venga a tomar con nosotros la copita.

A poco se presentó Mr. Coquelet con su delantal y gorra blanca, el rostro alegre y diciendo multitud de chistes franceses.

— Buen apetito, señores.

— Mucha salud, Mr. Coquelet. ¡Honor al artista!

— Gracias, gracias.

Esta atención con el cocinero, es de rigor, si se quiere almorzar bien.

Coquelet, el cocinero de «Petit Versailles», cumplió como... un buen cocinero.

El almuerzo fué succulento.

A los postres y al son del champaña, «Juan Gallinazo» le dijo a Armando:

— Mi querido capitán, ¿en qué diablos han parado tus negocios?

— En lo de todos los días.

— Tenemos historia—dijo Manuel.

— Todos nosotros—dijo Armando—adolecemos de la misma enfermedad.

Las familias están muy católicas, y nosotros en la revolución; hay antagonismo de ideas y nos arrojan de las casas y nos hacen la guerra y nos arruinan.

— Es verdad—dijo Manuel—: nosotros somos unas víc-

timas de la religión; merced a ella nos han puesto en un disparadero.

— Figúrense ustedes que el padre de mi novia pertenece a la honorable cofradía de cocheros del Viático.

No se cambia el viejo ni por el rey de Túnez, cuando va montado en las mulas pintas de la estufa dorada y rodeado de faroles con penachos de cristal, y de cantores, etc.

Mi suegra pertenece a la «vela perpetua», la guardia del Santísimo Sacramento.

Con el escapulario rojo y oro al cuello, y el cirio en la mano y secreteándose con todas las beatas, se cree una emperatriz.

Mi pobre Rosa es la víctima; la única ventaja que tiene es que de nada se asusta.

— ¡Bravo por la niña!—gritó Manuel.

— Ya tú la conoces—dijo Armando—; me acompañabas a darle serenatas.

— Me acuerdo que una noche me atreví a cantar y me arrestó la policía por desentonado.

— Hizo muy bien—dijo Mario.

— ¡Cuántas dificultades he tenido!... Desesperado de no poder hablar con Rosa, porque hasta los balcones tienen candado y las azoteas unas citarillas altísimas y cuajadas de vidrios, me arriesgué a una tentativa peligrosa.

— Veamos cuál, siquiera para aprender algo nuevo—dijo Mario.

— Me disfracé de clérigo, y una tarde ya al oscurecer, entré en la parroquia, y me metí en un confesionario.

Rosa se acercó devotamente y estuvimos platicando más de media hora.

— Gran regaño te ha echado el padrecito—dijo la vieja—; me alegro; pero noto que tienes una cara de pascua..., la poca vergüenza y la ninguna contrición.

— Rosa no podía estar compungida; habíamos tenido un momento de felicidad.

Quise repetir la aventura; pero el sacristán me olió la podrida, y cuando estaba en el confesionario, se presentó con el cura y la madre de Rosa, y me han armado un escándalo, que lo supo el comandante general y fuí a dar a Santiago, por un mes.

La vieja desde ese día inspeccionaba a todos los frailes.

He tocado los extremos: me fingí ciego y entré a la casa con mi perro; pero desgraciadamente la señora tiene una perrita chihuahuense.

Verla mi perro y lanzarse sobre aquella doncella encarcelada, todo fué uno.

— ¡Fuera! ¡Fuera ese perro!—gritaba la señora, tirándole de la cola a mi guía.

Yo me olvidé de mi papel, y abriendo los ojos, le dije:

— Ya me lo voy a llevar; no tenga usted cuidado.

La vieja me reconoció, tomó un garrote, y si no bajo a tra-
mos la escalera, me deshace las costillas.

En cuanto al perro, llegó a casa oliendo a pachulí; porque
la señora perfumaba a la perrita todos los días.

Se ha dado orden en la casa de que no entren ciegos ni
perrós.

—Pues ya no puedes volver a la casa—dijo Mario.

—Estoy con mucho cuidado; hace ocho días que Rosa ha
desaparecido de la casa.

Los criados, a quienes tengo a sueldo económico, no han
podido indagar nada; hay una reserva de beatos, que me será
imposible sacarles una palabra.

—¿Dónde diablo se la habrán llevado?—dijo Manuel.

—No sospecho nada; pero ella me avisará en cuanto pue-
da. Yo sigo a la señora a todas partes, le tengo espías al co-
chero del Viático, acecho cuanto puedo; pero no atino, estoy
a oscuras.

—Lo peor de todo—dijo Manuel—, es que ya estamos
oyendo el toque de marcha. Puebla nos está llamando.

—Ella sabrá que salimos a la campaña, y acaso con mi
ausencia recobre la libertad y pueda escribirme. ¡Demonio!
Yo estoy enamorado hasta los huesos.

—El día que volvamos—dijo Manuel—, como ha de ser vic-
toriosos, sin más ni más nos casamos.

—Tal es mi deseo—dijo Armando—, porque esa mujer es mi
vida; ya he tenido muchas calaveradas.

—Y piensas hacer la última—dijo «Juan Gallinazo».

—Sí, mi cuerpo está en Cuernavaca, pero ya recibí orden
de acercarse a Puebla; en el campo nos veremos.

Los cuatro nos cuidaremos; llevo además un médico.

—¿Y para qué sirven los médicos?—dijo «Juan Gallinazo».

—Si no me lo llevo para que me cure, sino porque es un
muchacho amigo de colegio, que tiene por mí gran cariño:
Juan Díaz Covarrubias.

—¡Demonio!—exclamó Armando—Lo conozco: es hijo de
un poeta veracruzano, y tiene unas hermanas guapísimas.

—Ya las conozco—dijo Manuel—; pero Eva es la primera
mujer del mundo.

—Pero la Pantoja te va a dejar hecho un Adán.

—No importa, yo la amo.

—Terminó la mesa—dijo «Juan Gallinazo»—. Mario y yo
tenemos un asunto de urgencia.

Llamaron a la puerta.

—¡Adentro!—gritó Manuel.

Se presentó un criado y dió una carta al estudiante.

La abrió violentamente y palideció.

—Toma—dijo al criado, y le dió una moneda.

—¿No hay respuesta?

Manuel sacó una tarjeta, escribió dos palabras y la entregó
al criado.

—Armando, pasearemos toda la noche y al oscurecer te
marcharás por donde te diere la gana.

—¡Listo!

Los amigos se separaron para volverse a reunir en el cuar-
tel de rifleros.

CAPITULO VII

ADIOSES Y TERNEZAS

I

La esposa del señor de Rentería estaba en una visita de con-
fianza, en una de las casas más preciosas de Tacubaya.

La señora Pantoja había comido y bebido fuerte, se recostó
en un confidente a dormir la siesta.

Eva salió con las jóvenes amigas al jardín.

Serían las tres de la tarde.

El sol apenas entraba por las enramadas llenas de campá-
nulas azules y de frescas rosas, que se mecían a las caricias
del viento.

Corría un ambiente de perfume y se oía el ruido del agua
que caía en chorros de cristal, chocando con la superficie lle-
na de espuma, que daba iris a la luz del sol.

Las violetas bordaban los arroyuelos, donde se asomaban,
como en un espejo, las ramas de los fresnos.

Los cenadores con sus persianas verdes, sustentaban en-
redaderas y se vestían con esas pompas graciosas de la pri-
mavera.

El cielo de un azul purísimo se sembraba de nubes blancas
que se convertían en encajes sobre aquel manto espléndido
y bellissimo.

Era la hora de la siesta, en que los párpados se cierran con
esa voluptuosidad que da el calor, interrumpido por los gol-
pes de un aire fresco y lleno de aromas.

La vejez dormita y la juventud se arrulla.

Allá los horizontes lejanos del pasado.

Acá los celajes del presente con todas sus ilusiones.

Las aves que se encuentran en el Océano de la vida.

¡Lo que se va, con todos sus desengaños!

¡Lo que viene, con todas sus esperanzas!

El árbol que se inclina sobre el barranco de la muerte.

El arbusto que se yergue y toca el cielo con su ramaje.

¡El saludo y el adiós que se confunden en un beso eterno,
para bifurcarse en el terreno escabroso de la existencia!

II

—Voy a hacerles una confidencia—decía Eva a sus amigui-
tas.

—Habla, Eva, que ya te escuchamos.